



Estudios de Asia y África

ISSN: 0185-0164

reaa@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Varela Barraza, Hilda

Sudáfrica: el abandono de los discursos radicales de "nación" en el ANC y en el NP

Estudios de Asia y África, vol. XXXV, núm. 1, enero-abril, 2000, pp. 77-100

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58635104>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

SUDÁFRICA: EL ABANDONO DE LOS DISCURSOS RADICALES DE “NACIÓN” EN EL ANC Y EN EL NP*

HILDA VARELA BARRAZA

El Colegio de México

EN LOS AÑOS OCHENTA, se acentuó de manera dramática el conflicto histórico en Sudáfrica, en un ambiente marcado, por un lado, por el surgimiento de nuevas formas de lucha y por el incremento de la combatividad del movimiento anti-*apartheid* y, por otro, un Estado racista poderoso y con una capacidad extraordinaria para mantenerse en el poder, en cuyo centro se encontraba un partido dominante (el afrikáner National Party, NP). Diversos observadores internacionales¹ coincidían en la hipótesis de que, tomando en cuenta las características del sistema sudafricano, la revolución violenta parecía ser la única forma de lograr el cambio político y que el fin del *apartheid* podría desencadenar el colapso de este Estado: en una sociedad tan profundamente fracturada por diferencias que van más allá del color de la piel, la radicalización del movimiento anti-*apartheid* y del nacionalismo afrikáner podría provocar que la guerra civil, latente en algunas partes del país, degenerara en el peor baño de sangre del siglo XX.

En ese ambiente de tensión, uno de los cambios más extraordinarios tuvo lugar a principios de la década de 1990, cuan-

* Una versión preliminar fue presentada en el Congreso anual de la *Canadian Association of African Studies/Association Canadienne d'Etudes Africaines*, Bishop's University, Lennoxville, Quebec, 4-7 de junio de 1999. Agradezco el apoyo brindado por el Programa “Banco de Misiones 1999” auspiciado por los gobiernos de Canadá y México. Expreso mi reconocimiento al Dr. Jean-Pierre Diamani (York University) por sus valiosos comentarios.

¹ Colin Legum, 1986, “Reconciliation: is it still possible?” *New African*, núm. 220, pp. 15-16; Phillip Van Niekerk, 1986, “Violence without end”, *New African*, núm. 224, pp. 8-9.

do las dos organizaciones consideradas como la vanguardia política del movimiento anti-*apartheid* y del nacionalismo afrikáner, el African National Congress —conocido por sus siglas en inglés como ANC— y el NP abandonaron los argumentos radicales contenidos en sus respectivos discursos de comunidad nacional “imaginada”. Esos argumentos no sólo habían marcado la lucha política —sobre todo desde inicios de los años ochenta— sino que además constituían uno de los principales obstáculos para una solución pacífica. Este cambio fue el paso decisivo para el inicio de las negociaciones entre el ANC y el NP e incidió de manera directa en la naturaleza y en el ritmo de la transición política en los siguientes años.

Para explicar este fenómeno por lo general se subraya la influencia de factores internacionales —en especial el fin de la Guerra Fría, la expansión de la forma neoliberal de Estado, las sanciones económicas internacionales impuestas al régimen sudafricano y las presiones ejercidas por los aliados de los dos bandos— los cuales habrían tenido un papel decisivo para crear la coyuntura interna en la que germinaron, entre otras cosas, el cambio en las prioridades políticas internas y en el liderazgo de las dos organizaciones, lo que hizo que las posiciones políticas radicales devinieran en incoherentes.

En este artículo se propone un enfoque distinto, que pone el énfasis en los factores internos. El abandono de los argumentos radicales fue un fenómeno complejo, contradictorio y no homogéneo, en el que incidieron diversas variables, tanto históricas —generadas por procesos esencialmente internos— como estructurales y coyunturales, incluidas las influencias externas que, sin embargo, no tuvieron el peso decisivo que generalmente se les asigna. En esta línea de pensamiento se aborda el contexto económico y social interno en los años ochenta y principios de los noventa. Sin pretender afirmar que en dicho contexto hayan surgido de manera exclusiva los factores que desencadenaron el cambio en los discursos, su estudio permite distinguir algunas variables analíticas significativas, por un lado, para abordar el vínculo entre el deterioro de la situación económica y social y el debilitamiento del radicalismo del ANC y del NP, y, por otro, para explicar el desarrollo pacífico de la transición en Sudáfrica.

En esta línea de explicación, se plantea que el notable menoscabo de la situación económica y social aceleró el proceso de formación de nuevas fuerzas sociales y la irrupción de múltiples identidades —que influyó en la dinámica interna de las organizaciones políticas fundamentales, en el movimiento de masas negro y en la sociedad civil blanca— y favoreció la emergencia de las condiciones básicas para una transición política sin revolución violenta y sin provocar el colapso del Estado.

Dos discursos fundamentales de nación

Con una historia de casi tres siglos de violenta supremacía blanca, en especial a partir del siglo XVIII empezaron a configurarse —en forma lenta y no articulada— dos formas de nacionalismo² cualitativamente opuestas: el afrikáner y el africano (también llamado sudafricanismo). En 1910, con la creación de la Unión Sudafricana, se inició la institucionalización del racismo³

² Tanto la comunidad nacional “imaginada” como el nacionalismo en Sudáfrica son temas polémicos y complejos y su discusión excede los objetivos de este artículo. Para fines explicativos, aquí se define el nacionalismo como la expresión política de un grupo de personas que tienen una conciencia étnica compartida y que se nutre de diferentes aspectos, en especial la percepción de tener una experiencia histórica y un destino común y del impulso de autopreservación. *Cfr.* Tom Lodge, 1991. “The African National Congress and its Historiographical Traditions” en J. Brown; P. Maning; K. Shapiro; *et. al.* (eds.) *History from South Africa. Alternative Visions and Practices*. Filadelfia, Temple University Press, p. 121; Maano Freddy Ramutsindela, 1998, “Afrikaner Nationalism, electioneering and the politics of a *volkstaat*”, *Politics*, 18 (3), p. 179; Maria van Diepen, 1988, “Introduction” en Maria van Diepen (ed.) *The National Question in South Africa*. Londres y Nueva Jersey, Zed Books, pp. 5-6; Camrade Mzala, 1988, “Revolutionary theory on the national question in South Africa” en Maria van Diepen *op. cit.*, pp. 30-55; Francis Meli, 1988a, “South Africa and the rise of African nationalism” en Maria van Diepen *op. cit.*, pp. 72-75; Anthony Holiday, 1988, “White nationalism in South Africa as movement and system” en Maria van Diepen *op. cit.*, pp. 77-85.

³ Entre 1910 y 1948 fueron promulgadas las primeras leyes que sirvieron de fundamento del *apartheid*: la prohibición del trabajo negro calificado en las minas (*Mine and Works Act*, 1911); la exclusión de los negros del derecho de propiedad de tierras en “zonas blancas” (*Natives Land Act*, 1913); la distinción de dos categorías laborales: empleados —blancos— y “trabajo nativo” —exclusiva para negros— (*Industrial Conciliation Act* de 1924) y la prohibición de matrimonios mixtos (*Immorality Act* de 1927), entre otras. *Cfr.* Francis Meli, 1988. *A History of the ANC. South Africa belongs to us*, Londres, James Currey; Roger Omond, 1986. *The Apartheid Handbook*, Londres, Penguin.

y los dos nacionalismos asumieron una forma política organizada, con el establecimiento del ANC (1912) y del NP (1914).

Para integrar a los diferentes grupos étnicos, la base social del ANC —un pequeño grupo de intelectuales negros— hizo un llamado a la lealtad étnica de la gente negra para crear una nación africana. Esta base se fortaleció en la década de 1940, con la incorporación del incipiente movimiento obrero.⁴ En cuanto al NP, en sus orígenes utilizaba consignas de exaltación étnica (afrikáner) y tenía como base de apoyo a la clase rural terrateniente y a los nuevos sectores urbanos blancos, en especial la clase trabajadora.⁵ A partir de los años treinta el NP logró crear una base de apoyo que reunía a la gran mayoría de la población afrikáner, independientemente de las diferencias de clase, en torno a una serie de mitos político religiosos. Aunque surgieron otras organizaciones políticas, por lo menos hasta inicios de los años noventa el ANC y el NP seguían siendo considerados como la vanguardia de los dos grupos poblacionales esenciales.

En 1948 el triunfo del sector más consolidado del nacionalismo afrikáner —con la llegada al poder del NP— se tradujo en el surgimiento de un sistema político sofisticado y contradictorio, basado en una poderosa maquinaria estatal, un complicado sistema jurídico y un aparato militar, que de manera coercitiva ejercería el control de la política, la economía y la sociedad de acuerdo con criterios racistas.⁶

El sistema de trabajo migratorio y el mito de la separación física de los grupos poblacionales eran los elementos clave del *apartheid*: teniendo como antecedente tanto prácticas de segregación racial como la instauración de reservas en el siglo XVII y con base en la pertenencia étnica, con los *homelands* —también conocidos como *bantustanes*— se creó la ficción del desarrollo separado, pues en dichas unidades, consideradas como autogobernadas, la población negra tenía libertades, y

⁴ Francis Meli, 1988, pp. 101-107; Francis Meli, 1988a, pp. 67-70; Leo Kuper, 1971, "African nationalism in South Africa", en M. Wilson y L. Thompson, *op. cit.*, pp. 459 y ss. en M. Wilson y O. L. Thompson (eds.) *The Oxford History of South Africa, II*, Oxford, Clarendon Press.

⁵ William Henry Vatcher, 1965, *White Laager. The rise of Afrikaner Nationalism*, Nueva York, Praeger, pp. 133-139; René de Villiers, 1971, "Afrikaner nationalism", en M. Wilson y L. Thompson, *op. cit.*, pp. 402-416; A. Holiday, 1988, pp. 79-80.

⁶ William Henry Vatcher, 1965, pp. 148-168.

por lo tanto no tenían el derecho de ciudadanía en el Estado sudafricano, definido como étnicamente blanco (correspondiente al 87 por ciento del territorio).

En este momento surgió una de las grandes contradicciones del sistema: por sus características, hasta finales de los años setenta la economía requería abundante mano de obra no calificada y barata —mientras que en los *homelands* no había fuentes de trabajo ni suficiente tierra agrícola—⁷ y por lo tanto, la gran mayoría de la fuerza de trabajo negra laboraba y vivía en “zonas blancas”. Aunque era técnicamente ilegal, la existencia de esta población negra en centros urbanos era indispensable, lo que convertía la separación física y el desarrollo separado en dos mitos.

Este sistema hizo posible la formación y evolución del capitalismo en Sudáfrica. Como sostiene Dan O'Meara,⁸ el *apartheid*, gestado en el nacionalismo afrikáner y alimentado por el capitalismo sudafricano, no fue producto de una “paranoia racista” y en su nacimiento, crecimiento y extensión fue decisiva la participación de una “familia extensiva y apoyadora mucho más amplia que la *volke* (nación) afrikáner”: a lo largo de tres décadas, intereses capitalistas internos y externos se beneficiaron y propiciaron la continuidad de la explotación racista.

En los años ochenta, el NP había logrado convertirse en un partido dominante que controlaba tanto el aparato estatal y el parlamento como las principales instituciones sociales de la población blanca, tanto anglo como afrikaansparlante: las iglesias dominantes, el sistema educativo, los medios de comunicación, la burocracia pública y las principales asociaciones de hombres de negocios, sobre todo las integradas por afrikáners. Estas últimas mantenían una relación privilegiada con el gobierno, lo que les permitía influir en la definición de la política económica.⁹

⁷ Colin McCarthy, 1990, “Apartheid ideology and economic development policy”, en N. Nattrass y E. Ardington (eds.) *The Political Economy of South Africa*, Ciudad del Cabo, Oxford University Press, pp. 47-49; Johann Graaff, 1990, “Towards an understanding of bantustan politics”, en N. Nattrass y E. Ardington, *op. cit.*

⁸ Dan O'Meara, 1996, *Forty 'Lost' Years. The Apartheid State and the Politics of the National Party 1948-1994*. Athens, Ohio, Ravan Press, p. 14.

⁹ Louwrens Pretorius, 1994, “The Head of government and organized business” en R. Schrire *op. cit.*, pp. 213-215.

Sin obviar que ninguna de las dos organizaciones políticas ha sido monolítica y que a lo largo de su historia —marcada por los cambios en la economía política sudafricana— han surgido distintas corrientes político-ideológicas que han favorecido la unión o han acentuado las diferencias internas, desde el establecimiento del sistema del *apartheid* y hasta inicios de la década de 1990, es posible distinguir un discurso teórico de nación “imaginada” que resume la esencia de estas dos organizaciones en relación con la forma de percibir la experiencia histórica compartida y el destino común.

Es importante subrayar la relevancia de estos discursos en el contexto sudafricano, los cuales sintetizan la raíz del conflicto (la explotación racista) y permiten apreciar uno de los rasgos que distinguen la transición en ese país: la brutal lucha política no tenía como eje el rechazo o la aceptación de la democracia,¹⁰ sino el tipo de comunidad nacional “imaginada” —por consiguiente el tipo de democracia— que determinaría el futuro de Sudáfrica.

Los dos discursos tienen su origen en movimientos de liberación nacional, aunque con contenidos cualitativamente distintos.¹¹ Hasta las primeras décadas del siglo xx, el nacionalismo afrikáner tenía su fundamento en algunos elementos gestados con la llegada de los primeros colonos de origen holandés —convertidos en mitos político-religiosos— y en su oposición al colonialismo británico en el siglo xix, con especial énfasis en la defensa de su cultura, su lengua y sus instituciones tradicionales.¹² Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, el comunismo y la mayoría negra fueron percibidos como los principales enemigos del nacionalismo afrikáner. El nacionalismo africano tiene como punto de partida la dinámica entre raza y clase y su lucha se fundamenta en la oposición a la explotación racista blanca —en especial afrikáner— lo que está directamente unido a la crítica de la estructura socioeconómica desigual, a la soberanía de la población de piel negra y por lo tanto a la conquista de su dignidad como seres humanos.

¹⁰ Tanto el ANC como el NP presentaban reclamos democráticos: el gran debate giraba en cuanto a la determinación de quienes tenían un destino común como nación.

¹¹ A. Holiday, 1988; Francis Meli, 1988a.

¹² William Henry Vatcher, 1965, pp. 33-58.

La creación del sistema del *apartheid* marcó el inicio del proceso de radicalización de los dos discursos, que desde sus orígenes eran antagónicos e irreconciliables: mientras que en el discurso del nacionalismo afrikáner el ideal de comunidad significaba la continuidad del sistema de dominación blanca, el nacionalismo africano planteaba el cambio, con la destrucción de dicho sistema y la conquista de derechos políticos para la gente negra. Esta profunda oposición fue sintetizada por Francis Meli, quien afirmaba que la pesadilla de la minoría racista era el sueño de la mayoría negra.¹³

En las siguientes décadas, diversos hechos estimularon el proceso de radicalización de los dos movimientos nacionalistas, sobre todo las tres grandes revueltas populares —Sharpeville (1960-1961) y el desencadenamiento de la lucha armada del ANC,¹⁴ Soweto (1976-1977) y las revueltas de los *townships*¹⁵ (1983-1985)— y la reacción represiva del gobierno ante éstas, que comprendió la prohibición de las principales organizaciones negras opositoras existentes en ese momento.¹⁶ Estos hechos repercutieron en la radicalización de los argumentos básicos en los discursos formulados por el ANC y por el NP y penetraron en amplios sectores de la población, sirviendo de vínculo de identificación entre estos sectores y el liderazgo en las dos organizaciones políticas. Por lo tanto, los argumentos radicales contribuyeron, por un lado, a modelar la forma de concebir el futuro como comunidad nacional, y por otro, a movilizar políticamente a amplios sectores de la sociedad civil blanca y de la sociedad civil negra.

El principio de fragmentación en múltiples comunidades “nacionales” (democracia exclusiva), a partir del criterio del color de la piel, ha definido la esencia del discurso tradicional de comunidad nacional “imaginada” en el nacionalismo

¹³ Francis Meli, 1988.

¹⁴ En sus orígenes, la lucha armada del ANC era dirigida en contra de “objetivos simbólicos”: en forma deliberada se evitaba afectar a la población civil blanca y los ataques consistían en actos de sabotaje a la infraestructura económica y asaltos a puestos militares y policíacos.

¹⁵ Se denomina *townships* a los barrios obreros negros, ubicados en la periferia de las grandes centros urbanos “blancos” y que de acuerdo con las leyes del *apartheid* eran poblamientos ilegales.

¹⁶ Fueron declaradas ilegales: las dos organizaciones opositoras negras existentes en 1960 (ANC y el Congreso Panafricano, PAC), 18 en 1977 y 18 en 1983.

afrikáner.¹⁷ De acuerdo con esta línea de pensamiento, el Estado sudafricano sólo comprendía a la nación blanca,¹⁸ concepto que abiertamente excluía a los otros grupos poblacionales y era la base para negar la ciudadanía a los negros. Este discurso tiene como fundamentos de legitimación su propia interpretación de la historia y dos mitos que a lo largo del siglo xx han tenido un impacto determinante entre la población blanca: la supremacía blanca y la separación física de los diferentes grupos poblacionales (el llamado *grand apartheid*), basada en la idea de que los blancos tienen el derecho histórico, exclusivo e inalienable sobre la tierra, con excepción de las pequeñas concentraciones negras, los *homelands*.¹⁹

Detrás de estos mitos han estado los valores esenciales del nacionalismo afrikáner: en primer lugar, el racismo; en segundo lugar, el profundo temor de los afrikáners, tomando en cuenta su debilidad numérica frente a la mayoría de la población de piel negra y su debilidad en cuanto a su formación profesional y capacidad económica frente a la población de origen británico, y, por último, la naturaleza del desarrollo capitalista en Sudáfrica, que hasta los años 1970 requería la existencia de mano de obra abundante, no calificada y casi gratuita. Este discurso se tradujo en prácticas excluyentes profundamente introyectadas en la vida cotidiana.

En este proyecto de nación, el mito de la separación física tenía objetivos políticos y económicos: garantizar la seguridad de la comunidad blanca, dividiendo a los negros en los

¹⁷ Es importante subrayar que gran parte de los partidos y organizaciones políticas creados por la población afrikáner en la era del *apartheid* se identificaban con el nacionalismo afrikáner. En este artículo se ha puesto el énfasis en el NP debido a que era la fuerza dominante en el Estado.

¹⁸ Cfr. Hermann Giliomee, 1994, "The leader and the citizenry" en R. Schrire (ed.) *Leadership in the Apartheid State*, Ciudad del Cabo, Oxford University Press, p. 118 y ss.; Maano Freddy Ramutsindela, 1998, p. 180.

¹⁹ En su versión moderna, estas reservas para la población negra en la década de 1960 fueron delimitadas y denominadas *bantustanes*, nombre que cambió posteriormente, pero la esencia del fenómeno se mantuvo. A finales de la década de 1980, debido a la pobreza de los suelos, a la inexistencia de fuentes de trabajo y a la demanda de mano de obra negra servil por parte de la economía capitalista en la Sudáfrica "blanca", los *homelands* se habían convertido en entidades ineficientes y miserables, en donde vivían las mujeres, los niños y los ancianos. Cfr. J. Graaff, 1990, "Towards an understanding of bantustan politics" en Nattras y Ardington (eds.) 1990, *The Political Economy of South Africa*, Ciudad del Cabo, Oxford University Press, pp. 55-71.

homelands; desviar las demandas —tanto políticas como socio-económicas— de la población negra hacia los *homelands*, que debían convertirse en el núcleo de un nacionalismo “étnico” y, sobre todo, reducir los conflictos raciales, debido a que consideraba que la separación física entre blancos y negros, al evitar los contactos interraciales, era el instrumento ideal para aminorar los conflictos.²⁰ En este sentido, se afirmaba que el *apartheid* garantizaba la estabilidad política y el crecimiento de la economía sudafricana, tomando en cuenta que el mito de la separación física liberaba al Estado sudafricano de la responsabilidad de proporcionar servicios de seguridad social a la mayoría negra, al mismo tiempo que le permitía controlar y asegurar el abasto de mano de obra barata.

En cuanto al ANC y sus aliados, la definición del nacionalismo es problemática. En los años cuarenta, la Liga de la Juventud del ANC —entre cuyos dirigentes estaba Nelson Mandela— consideró necesario construir una identidad *nacional* tomando el orgullo de la gente de piel negra y la cultura africana como elementos centrales, lo que dio nacimiento a la corriente del nacionalismo “africanista” (étnico), basada en la noción de que sólo las personas de piel negra tenían las condiciones objetivas y subjetivas para luchar en contra del *apartheid*. Sin embargo, a partir de la década de 1950, el nacionalismo del ANC y sus aliados tomó como piedra angular el principio revolucionario del no racismo, que consiste en rechazar el concepto de raza como criterio de exclusión en política y en la sociedad en general.²¹ Este principio —que provocó la separación de la corriente “africanista” del ANC— dificulta la definición del ANC como un movimiento nacionalista en sentido estricto. Por lo tanto, parece más adecuado denominarlo movimiento anti-*apartheid* o, como lo hacen Herbert Adam y Kogila Moodley,²² *sudafricanismo incluyente* (democracia incluyente).

²⁰ David Welsh, 1994, “The Executive and the African population —1948 to the present” en R. Schrur, *op. cit.*

²¹ Tom Lodge, 1994, “The African National Congress and the historiographical traditions” en pp. 121-122, Francis Meli, 1988, pp. 108-118, 123-128; Maria van Diepen, 1988, pp. 9-10; Francis Meli, 1988a., pp. 70-72.

²² Heribert Adam y Kogila Moodley, 1993, *The Negotiated Revolution*, Johannesburgo, Jonathan Ball, pp. 24-26.

El principio del no racialismo resume la esencia del discurso de comunidad nacional “imaginada” (*one nation*) y marca la radicalización del discurso teórico del ANC, que tiene como antecedente su alianza con el Partido Comunista²³ (conocido por sus siglas en inglés como SACP: *South African Communist Party*, declarado ilegal desde 1950), cuya tradición internacionalista influyó en la definición ideológica del ANC, que incorpora a cualquier persona —sin distinción de clase o del color de la piel— identificada con la lucha en contra de la explotación racial. Este movimiento, en este contexto, extraía los argumentos para legitimar su ideal de cambio revolucionario tanto de la historia de Sudáfrica como del movimiento revolucionario internacional.

A diferencia del nacionalismo afrikáner, el movimiento anti-*apartheid* contaba con un documento escrito —*Freedom Charter*— aprobado por diferentes organizaciones opositoras, aliadas del ANC, y que desde mediados de la década de 1950 se convirtió en la base de las demandas políticas, de la filosofía que definía el ideal de comunidad nacional —a partir del principio de no racismo— y los elementos básicos del radicalismo del movimiento anti-*apartheid*.²⁴ De acuerdo con este discurso, era indispensable la destrucción del *apartheid*, la transformación de la economía —con un programa de nacionalizaciones en la

²³ Desde la década de 1920, un grupo de socialistas sudafricanos blancos buscó el acercamiento con el ANC, lo que más tarde se convirtió en una fuerte alianza, aunque en algunos puntos había diferencias entre los dos grupos. Mzala, 1988, p. 30; Francis Meli, 1988 y 1988a.

²⁴ “Nosotros, el pueblo de Sudáfrica, declaramos para el conocimiento de todo nuestro país y del mundo:

- que Sudáfrica pertenece a todos aquellos que viven en ella, blancos y negros, y que ningún gobierno puede justamente pretender autoridad a menos que esté basado en la voluntad del pueblo,
- que a nuestro pueblo se le ha robado su derecho de nacimiento a la tierra, a la libertad y a la paz por una forma de gobierno fundada en la injusticia y la desigualdad ...

¡Todos los grupos nacionales deben tener derechos iguales! ...

¡El pueblo debe compartir la riqueza del país!

La riqueza nacional de nuestro país, la herencia de todos los sudafricanos, debe ser restituida al pueblo.

La riqueza mineral del subsuelo, los bancos y el monopolio industrial deben ser transferidos a la propiedad del todo como un todo ...

¡La tierra debe ser compartida entre todos aquellos que la trabajan! ...”

The Freedom Charter, 26 de junio de 1955.

industria, la minería, el comercio y la agricultura— y defendía la tesis de la victoria total: el rechazo de toda precondition que limitara el derecho de la población negra de construir una sociedad basada en la democracia y en la unidad nacional multirracial.

Al iniciar los años ochenta, el resurgimiento del ANC como una fuerza política real en los *townships*, la creación de poderosos sindicatos negros, los cambios en la correlación de fuerzas políticas regionales²⁵ y, sobre todo, el inicio del complejo periodo de erosión del sistema del *apartheid* —con la manifestación de graves problemas en la economía sudafricana— contribuyeron a acentuar los argumentos de diferenciación entre los dos discursos fundamentales.

Entre la población blanca sudafricana se incrementó el temor. En medio de presiones internacionales y del incremento de las protestas populares internas —consideradas por el gobierno de Pieter W. Botha como una “embestida del comunismo internacional”—, los sudafricanos blancos tenían miedo de que esta situación pudiese conducir al colapso del Estado, dando paso al peor de los escenarios posibles: la “dominación de la mayoría”. Esto, aunado al descontento por la situación económica, creó un clima propicio para la radicalización tanto del nacionalismo afrikáner como del movimiento anti-*apartheid*, pero al mismo tiempo minó el sentido de unidad de los blancos (afrikaans y angloparlantes), favoreció el surgimiento de conflictos en las filas del gobernante NP y del ANC y abonó el terreno para la emergencia de nuevas fuerzas sociales.

El deterioro del contexto socioeconómico

En el terreno económico, el auge que comenzó a inicios de la década de 1960 dio paso a una severa recesión a finales de los setenta, agravada por la crisis de Soweto y por el fracaso de la costosa “estrategia total”,²⁶ que repercutió en la escena política,

²⁵ Primero las independencias de las ex colonias portuguesas de Angola y Mozambique (1975) y después la independencia de Zimbabwe (1980), permitieron la formación de gobiernos abiertamente hostiles al *apartheid*.

²⁶ Concluida la crisis de Soweto, tuvo lugar una redefinición completa de la estrategia de Sudáfrica en el plano regional, que comprendía objetivos a largo plazo y

con la caída del gobierno del primer ministro B. J. Vorster y el inicio del gobierno de Pieter W. Botha. Las que parecían ser dificultades momentáneas, en forma gradual se convirtieron en un proceso continuo de erosión hasta desembocar en la severa crisis económica y política de finales de la década de 1980. Aunque el gobierno atribuyó la responsabilidad de la crisis a las presiones externas y al incremento de la lucha popular anti-*apartheid*, en realidad estos aspectos simplemente agravaron una crisis que tenía su raíz en el propio sistema de explotación racista.

P. W. Botha estuvo en el poder durante los años más difíciles en la historia contemporánea de Sudáfrica: la década de los ochenta. A grandes rasgos, su gobierno puede ser dividido en dos fases: la primera fue la contradictoria etapa reformista, basada en el concepto de “raza” como criterio político fundamental, en la que la seguridad nacional dejó de ser definida como la principal preocupación oficial y la reforma del sistema del *apartheid* se convirtió en la prioridad del gobierno.

De acuerdo con el gobierno, la Constitución de 1984 —aprobada un año antes por el electorado exclusivamente blanco— fue presentada como uno de los principales indicadores de la voluntad de realizar cambios, sin alterar los fundamentos ideológicos del nacionalismo afrikáner. Esa constitución introdujo una fórmula según la cual la minoría blanca “compartiría el poder” con la población mestiza y de origen asiático —manteniendo la exclusión política de los negros— y modificó la estructura gubernamental, con la supresión del cargo de primer ministro y la creación de la presidencia ejecutiva.²⁷ Esta efímera etapa no fue el inicio del desmantelamiento del *apartheid*, sino la expresión de la crisis de legitimidad.

La segunda etapa significó el congelamiento de las reformas, con el resurgimiento de la línea dura y el restablecimiento del *statu quo* como prioridad. A finales de 1989, en medio

un proceso riguroso de toma de decisiones. Esta política fue denominada de “estrategia total” (1979-1984) y estuvo basada en la utilización de tácticas económicas, políticas, diplomáticas y militares para defender el sistema del *apartheid* en el ámbito regional. O’Meara, 1996, pp. 224, 253-270; Mariana Ottaway, 1993, *South Africa. The Struggle for a New Order*, Washington, The Brookings Institution, p. 33.

²⁷ Laurence Boule, 1994. “The Head of government and the Constitution” en R. Schrire, pp. 22-29.

de una profunda crisis de legitimidad, P. W. Botha salió del gobierno y Frederick W. de Klerk —considerado un político conservador— tomó el poder.

La década de 1980 fue un periodo denso, marcado por la crisis histórica del sistema del *apartheid*, que se expresó *inter alia* en el agotamiento del modelo de desarrollo, en la descomposición del orden social y en una profunda crisis de legitimidad.²⁸ Aunque el grupo políticamente dominante no estaba derrotado, la crisis provocó el desmoronamiento de los grandes mitos construidos en torno al sistema del *apartheid* y desencadenó una profunda crisis de identidad entre la población blanca sudafricana. El nivel de deterioro del contexto interno parecía indicar que la violencia sería un factor determinante en la resolución de la crisis.

Entre los aspectos más sintomáticos de este deterioro destacaban los grandes problemas de una economía ahogada en sus propias contradicciones y el crecimiento incontenible de la violencia —tanto política como criminal— en una sociedad calificada como la más injusta del mundo y en la cual ninguno de los cuatro grupos poblacionales era monolítico.

Con el fin de defender el mito de la supremacía blanca, el espacio de críticas al seno de la sociedad blanca era casi inexistente.²⁹ Por lo tanto, las primeras críticas severas al interior del sistema surgieron en los años ochenta, emitidas por un sector del NP y por algunos hombres de negocios. Fue a inicios de la década de 1990 cuando se publicaron los primeros análisis que demostraban el fracaso económico del *apartheid*, que no había garantizado el progreso económico y que por el contrario había reforzado las agudas desigualdades y generado los principales obstáculos para el crecimiento económico. Factores histórico-estructurales, acentuados por variables coyunturales provocaron que desde los años sesenta se registrara un crecimiento económico real inferior al de otros países de ingresos medios y desde 1975 una disminución del PNB per cápita y, desde finales de la década de 1970, una gran dependencia de los préstamos externos, en especial del Fondo Monetario Internacional.

²⁸ Pretorius, 1994, pp. 230-239; A. Sparks, 1996, *The Mind of South Africa*, Londres, Mandarin, pp. 319-328.

²⁹ David Welsch, 1994, pp. 204-205.

En los años ochenta, la industria manufacturera —que requería fuertes inversiones de capital, alta tecnología y una mano de obra semicalificada— se había convertido en el sector dominante de la economía sudafricana, estimulando la introducción de cambios estructurales. Esta tendencia de cambio contrastaba con los obstáculos puestos al crecimiento económico —gestados en el *apartheid*— y que habían propiciado, por un lado, el declive de la formación interna de capital, aunado al rápido crecimiento de las tasas de intereses, lo que elevaba los costos de inversión y se traducían en la incapacidad para llevar a cabo una reindustrialización acorde a las nuevas exigencias del avance tecnológico en el ámbito internacional y, por otro, en el aumento del desempleo de la mano de obra no calificada (negra) junto a la escasez de mano de obra semicalificada y calificada.³⁰ En medio de la inflación y del desempleo, las condiciones de vida de la población sudafricana en general se deterioraron y como consecuencia de la política reformista del gobierno de P. W. Botha, se acentuaron las diferencias sociales, sobre todo entre la población negra.

La crisis de las finanzas públicas también tenía su origen en la naturaleza del sistema, que por un lado propició el crecimiento desmedido de la administración pública —dominada por la “ideología burocrática” afrikáner que se traducían en ineficiencia y creaba patrones de exclusión—,³¹ las costosas campañas internas y regionales de represión, los gastos de mantenimiento del mito del desarrollo separado y, por otro, creó factores estructurales que limitaban las fuentes de ingresos por impuestos, debido a que de hecho sólo la minoría blanca desarrollaba actividades que podían soportar cargas impositivas: la mano de obra negra no calificada y casi gratuita no era una fuente de impuestos.

Desde el inicio de la crisis, el bloque gobernante carecía de una visión alternativa para reformar el sistema del *apartheid*,

³⁰ Acerca de la crisis económica véase: P.D.F. Strydom, 1991, “After apartheid: correcting economic failure”, *South African Journal of Economics*, 59 (4), pp. 373-376; Vella Pillay, 1988, “Rising cost of Apartheid. The economic crisis” en P. Johnson y D. Martin (eds.) *Frontline Southern Africa*, Nueva York, Four Walls Eight Windows, pp. 309 y ss.; O'Meara, 1996, pp. 354-360; Finn Tarp y Peter Brixen, 1996, *The South African Economy*, Londres y Nueva York, pp. 5-12.

³¹ Annette Seegers, 1994, “The Head of government and the Executive” en R. Schrire *op. cit.*, pp. 70-71.

pero con la obsesión de mantener el poder intentó crear la falsa imagen de que podía enfrentar la situación, implementando medidas que demostraban la incapacidad del régimen para enfrentar la crisis. En algunos casos el gobierno de P. W. Botha aplicó medidas tardías, de maquillaje e incluso llevó a cabo acciones desesperadas, que lejos de detener el descontento de la población negra lo acrecentó.

Entre estas medidas destacaron un programa de privatizaciones y de racionalidad del gasto público, algunas reformas para aminorar las profundas desigualdades entre blancos y negros, inversiones parciales en servicios sociales que debían propiciar una mejoría económica y social sólo en algunos sectores negros³² —con la finalidad de conquistar “el corazón y la mente” de la clase media negra urbana y aislarla de los reclamos de los sectores más pauperizados— y la intensificación de agresiones armadas a las bases del ANC en países vecinos, esto último para proyectar una imagen de poder al interior —dirigida a desactivar las críticas ultraconservadoras, a recuperar la confianza de la población blanca y a intimidar al movimiento anti-*apartheid*— y regional.

En realidad estas medidas acentuaron la descomposición socioeconómica y política y agudizaron las contradicciones del sistema, estimulando el descontento en amplios sectores de la población,³³ avivando la violencia del movimiento anti-*apartheid* —que se extendió a los *homelands*— y provocando tanto una feroz reacción como el fortalecimiento del sector afrikáner más conservador. Así, por ejemplo, la anulación de las medidas que controlaban la migración de personas negras hacia las zonas urbanas³⁴ (*Influx Control*) aceleró el éxodo rural hacia los *townships*, lo que a su vez agravó la ingobernabilidad de estos últimos, volvió más complejos los conflictos entre la población negra y oscureció el conflicto esencial entre blancos y negros.

En 1985, la matanza de Uitenhage y el discurso³⁵ del presidente —fiel a los principios del nacionalismo afrikáner, rechazó

³² O'Meara, 1996, p. 360.

³³ Allister Sparks, 1996, *The Mind of South Africa*, Londres, Mandarin, p. 370.

³⁴ *Ibidem*, p. 126.

³⁵ Unos meses antes, P. W. Botha había reconocido la obsolescencia del *apartheid* y había propuesto una negociación basada en concesiones mutuas entre blancos y

en forma enérgica la posibilidad de un gobierno de la mayoría negra e insistió en una Sudáfrica conformada por “autonomías étnicas”— y unos meses después la extensión a todo el país del estado de emergencia (junio de 1986) —vigente en algunas zonas desde 1985— pusieron fin a la contradictoria etapa reformista del gobierno de P. W. Botha. A partir de ese momento, el mantenimiento del *statu quo* se convirtió de nuevo en la prioridad del gobierno, que dejó de lado los intentos reformistas. El recrudecimiento de la represión agudizó las posiciones radicales en el ANC y en el NP, incrementó los gastos de seguridad y por lo tanto debilitó la capacidad del régimen para invertir en servicios sociales y aceleró las presiones internacionales, con la imposición de nuevas sanciones económicas y con la intensificación de la campaña de desinversión de capital externo (Código Sullivan).³⁶

En los primeros años de la década de 1980, el descontento proliferó en la gran mayoría de los sectores sociales: entre la población negra, por la farsa de las reformas y el acelerado proceso de pauperización, pero también por el temor de aquellos grupos que se habían privilegiado debido a su colaboración con el régimen y que ante la presión del movimiento anti-*apartheid* temían que el cambio violento revolucionario les perjudicara; entre la población blanca, educada en la ideología racista, se sentía temerosa de que la mayoría negra —que durante siglos había sido considerada como inferior en todos los aspectos, incluido el moral— pudiera convertirse en la élite política gobernante; por último, los sectores más conservadores parecían dispuestos a defender sus privilegios a cualquier precio.

En ese ambiente de descontento y desconfianza, la espiral de la violencia se convirtió en el principal síntoma de descom-

negros. Johnan van Rooyne, 1994, *Hard Right*, Londres, Tauris, p. 185; O'Meara, 1996, p. 355.

³⁶ Desde finales de la década de 1970, el Código Sullivan —enunciado por el clérigo del mismo nombre— proponía un código de conducta que debía ser adoptado por las compañías estadounidenses, con el fin de contrarrestar las prácticas racistas y promover el cambio pacífico, consistente en su retiro del mercado sudafricano. Esta campaña de desinversión tomó fuerza a mediados de 1986, con el retiro de importantes compañías (Eastman, Kodak, Coca-cola, IBM, Xerox) y con el congelamiento *de facto* de los créditos bancarios de Estados Unidos a Sudáfrica (incluidos los intereses privados), *Africa Report*, mayo de 1987.

posición del orden social, la cual asumió distintas formas. En primer término la violencia política se intensificó: tanto la desplegada por el régimen en las campañas represivas, como la violencia anti-*apartheid* —desatada fundamentalmente por el brazo armado del ANC— y la violencia de los grupos paramilitares, desde los comandos terroristas blancos —defensores de la “pureza” del nacionalismo afrikáner, pero sin una filiación partidista en sentido estricto y que por lo general contaban con la complicidad de altos mandos y cuerpos policiales y militares blancos— hasta los grupos formados por Inkatha (llamados “vigilantes”), en forma secreta financiados y entrenados tanto por el gobierno como por sectores blancos extremistas, quienes tenían como finalidad atacar al ANC y a sus aliados.

En segundo término, surgió una incontenible violencia callejera protagonizada por personas negras. En ocasiones, esta violencia podía ser definida como crímenes comunes (robos, asaltos), pero en otros era resultado de una compleja mezcla entre delincuencia y protesta política acrítica. En este último caso, la violencia podía estar destinada a destruir las propiedades de los blancos, como expresión de un resentimiento social histórico, llevada a cabo por jóvenes que no tenían una conciencia política elaborada y que identificaban a cualquier blanco como explotador y, ante la incapacidad de enfrentarse a las fuerzas represivas, optaban por atacar a la población civil. Esta espiral de violencia estimuló el armamentismo entre la población blanca: a finales de la década, la gran mayoría de la población adulta estaba armada.

El fracaso de las reformas acentuó la crisis de legitimidad del Estado y el descontento invadió los sectores antes privilegiados por el *apartheid* —en especial las asociaciones de industriales— quienes empezaron a perder la confianza en la capacidad del bloque gobernante para detener la violencia política, aplicar el *apartheid* y revertir la crisis, que afectaba de manera desigual a los sectores económicos blancos.³⁷

Entre éstos, los más afectados fueron los productores agrícolas —que perdieron los subsidios oficiales— mientras que

³⁷ Robin Lee; M. Sutherland, *et. al.*, 1993, “Speaking or listening? Business and public policy: 1989-1990” en Robin Lee y L. Schlemmer (eds.) *Transition to Democracy*, Ciudad del Cabo, Oxford University Press, pp. 130-136.

algunos grupos empresariales —de naturaleza monopólica— aprovecharon la coyuntura para incrementar su poder: con la expansión hacia nuevas áreas de la producción y con la exportación de capitales locales, en búsqueda de mercados más seguros para invertir, lo que se tradujo en una extraordinaria fuga de capitales internos,³⁸ generando un patrón de desinversión interna.

La radicalización de la lucha política

En los primeros años de la década de 1980, surgió un proceso dialéctico entre las reformas gubernamentales y las luchas populares en contra del sistema.³⁹ La implementación —o incluso el anuncio— de cada reforma desencadenaba nuevos brotes de protesta y nuevas formas de organización, sobre todo en los centros urbanos. Así, estas medidas reformistas —que tenían como fin último reactivar la economía y como objetivos a corto plazo aminorar el descontento de la población negra, recuperar la confianza de los empresarios locales y reducir las críticas externas— tuvieron consecuencias inesperadas para el régimen: acentuaron algunas de las incoherencias del sistema, estimularon el nacimiento de nuevas fuerzas sociales, marcaron el deterioro en las relaciones entre el gobierno y el capital interno y dieron un nuevo ímpetu al movimiento opositor.

Ante los intentos por instaurar el neo-*apartheid*, en amplios sectores de la población negra aumentó la impaciencia, se incrementaron los brotes de violencia y los argumentos radicales de la *Freedom Charter* tomaron mayor fuerza, lo que estimulaba sus expectativas económicas y políticas y, en forma paulatina, en la conciencia colectiva se asociaron los valores de la democracia política con la mejoría en sus condiciones socioeconómicas, como si el fin del *apartheid* pudiese asegurar el bienestar de la mayoría negra.

En las filas del movimiento anti-*apartheid*, la radicalización se expresó, entre otras cosas, en el nacimiento de una generación de militantes jóvenes más combativos —quienes siendo

³⁸ O'Meara, 1996, pp. 358-359.

³⁹ "Councils in Chaos", *New African*, julio 1985, pp. 20-21.

niños habían vivido la represión desatada por las revueltas de Soweto— y en un nuevo impulso a los ataques armados. En este sentido, un grupo del ala más radical del ANC rompió con uno de los principios de la lucha anti-*apartheid*, desatando actos terroristas —aunque aislados— como respuesta a las agresiones de comandos paramilitares racistas. En esta nueva estrategia —que acentuó las diferencias al interior del liderazgo— el ala radical del ANC no reconocía la diferencia entre “objetivos duros” (militares, policíacos) y “objetivos blandos” (ataques que podían involucrar a la población civil, como bombas en centros comerciales).

La radicalización del nacionalismo afrikáner asumió distintas expresiones. Por primera vez en la historia de ese país se crearon grupos terroristas blancos, que pretendían defender la pureza del nacionalismo afrikáner y dirigían sus ataques en contra de los que abogaban por el cambio del *statu quo*, incluidos los blancos. En el discurso oficial, se dio mayor fuerza a los principios de fragmentación y de democracia excluyente. En el terreno de los hechos y tomando en cuenta las dificultades económicas y la experiencia de Soweto en los años setenta, que demostró que la represión no era suficiente para erradicar la disidencia, por un lado, el gobierno favoreció la violencia política entre los diferentes grupos negros; intentó negociar con sectores negros moderados que no eran simpatizantes del ANC y pretendió crear el mito de que en los *townships* la población negra podía contar con autoridades propias —con la imposición de las *Black Local Authorities*— pero manteniendo la exclusión de los negros de los órganos de poder nacional. Por otro lado, representó el regreso de la línea dura con la intensificación de la represión.

En este contexto, se volvió más transparente la coincidencia ideológica entre el NP y los sectores políticamente más conservadores. En primer término, entre el NP y el partido calificado como la “ultraderecha blanca”, el Partido Conservador (PC⁴⁰). Hasta mediados de 1989 no había diferencias de fondo en los discursos oficiales de los dos partidos políticos más importantes entre la población blanca: consideraban totalmente

⁴⁰ Conocido por sus siglas en afrikaans como KP (*Konservatiewe Party*) y por sus siglas en inglés como CP.

inaceptable un gobierno de mayoría negra, se negaban a negociar con el ANC e insistían en el derecho de los blancos a tener su propia comunidad aislada de la población negra. En segundo término, entre el NP y el movimiento zulú Inkatha, que desde mediados de la década de 1970 era considerado por el gobierno como el “prototipo” del nacionalismo étnico. Opuesto al ANC, Inkatha creó comandos armados en los *townships*, que actuaban como grupos de choque en contra de los simpatizantes del movimiento anti-*apartheid*, pero que en medio de la propaganda oficial, eran presentados como un problema “étnico entre negros”, al margen de la política y sin vínculos con la explotación racista, lo que a su vez avivaba el temor entre la población blanca.

El surgimiento de nuevas fuerzas sociales

Para enfrentar la crisis, la antes unida población blanca se dividió. Por un lado había empezado a emerger una nueva clase política, que aceptaba la posibilidad de una apertura del sistema y percibía la pobreza de la gente negra como una amenaza para su seguridad. Por otro, surgieron grupos defensores del nacionalismo afrikáner puro —como el AWB—, que buscaron aliarse con los grupos negros conservadores, en especial con Inkatha y con las autoridades impuestas en los *homelands*. Por último, en algunos círculos empresariales comenzaron los esfuerzos por buscar una salida negociada a la crisis y, a pesar de la gran desconfianza entre la población blanca hacia el ANC, empezaron los primeros acercamientos entre los líderes en el exilio del movimiento anti-*apartheid* y destacados hombres de negocios.

Aunque los hombres de negocios no utilizaron su poder económico para presionar al gobierno a optar por el cambio, estas acciones hicieron posible el inicio del cambio en la percepción que los blancos tenían del ANC, en particular, y de la población negra en general. Es importante tomar en cuenta que el surgimiento de fuerzas sociales favorables al cambio en la sociedad blanca fue un factor relevante para el abandono del radicalismo en el gobierno, que podía haber resistido varios años más.

La tendencia hacia el abandono de los argumentos radicales en el discurso de comunidad nacional “imaginada” comenzó primero en el movimiento anti-*apartheid* —hacia 1987— entre las organizaciones aliadas del ANC y poco más tarde en el liderazgo de éste. En el exilio, el ANC publicó una “Guía constitucional para una Sudáfrica democrática”⁴¹ en la cual manifestó su compromiso con una economía mixta, con la democracia multipartidista y el respeto de los derechos humanos de todos los habitantes de Sudáfrica. Sólo después de septiembre de 1989, en el NP empezó a manifestarse esta tendencia. En ese año, cuando asumió el poder, F. W. de Klerk era abiertamente hostil al ANC y en las filas de su partido era considerado como uno de los líderes más conservadores.⁴² Este hecho explica la insistencia del nuevo presidente blanco por reformar el sistema, implementando una fórmula para compartir el poder con la población negra, pero sin abandonar el principio de la separación física. En medio de una virtual guerra civil en Natal, de una incontenible violencia y de la parálisis de la economía, las prioridades del gobierno de F. W. de Klerk eran detener la crisis de legitimidad, lograr la suspensión de las sanciones internacionales y la recuperación de la economía, lo que implicaba negociar una solución con el movimiento anti-*apartheid*, pero garantizando los privilegios de la población blanca.

En ese contexto, anunció primero la “cohabitación pacífica” de los grupos poblacionales e inició pláticas de acercamiento con el ANC y liberó, en octubre de 1989, a algunos dirigentes del ANC. En 1990, la excarcelación de Nelson Mandela —el preso político más famoso del mundo—, el regreso a la legalidad de las principales organizaciones anti-*apartheid* (incluidas el ANC y SACP), la suspensión del estado de emergencia en todo el país y la renuncia a la lucha armada⁴³ y a las nacionalizaciones marcaron el abandono de los argumentos radicales y el surgimiento de las condiciones mínimas para la transición pacífica.

La erosión del contexto socioeconómico fue la coyuntura propicia para el surgimiento y desarrollo de nuevas fuerzas sociales, tanto entre la población negra como entre la pobla-

⁴¹ O'Meara, 1996, p. 386.

⁴² Allister Sparks, 1996, p. 370; Welsh, 1994, pp. 190-203.

⁴³ *New African*, febrero 1991.

ción blanca, las cuales incidieron de manera decisiva en el abandono de las posiciones radicales. En esa coyuntura tomaron fuerza nuevas organizaciones negras, que no estaban basadas en identidades étnicas. Se trataba en especial de sindicatos independientes y de una gran pluralidad de asociaciones cívicas —algunas muy pequeñas— en los *townships*, que planteaban reclamos económicos y exigencias políticas fundamentales y que se expresaban a través de nuevas formas de lucha no violentas,⁴⁴ a veces con carácter simbólico, insertas en la vida cotidiana: boicots al pago de alquiler de viviendas y de impuestos, boicots a los negocios comerciales vinculados con prácticas discriminatorias, huelgas y paros laborales momentáneos.

En un proceso dialéctico, la génesis de la sociedad civil negra estimuló el abandono del radicalismo del ANC y favoreció el acercamiento entre éste y las nuevas fuerzas sociales, lo que además introdujo un elemento democrático en la lucha anti-*apartheid*: el ANC dejó de ser una organización idílica y empezó a ser confrontada con las críticas de fuerzas independientes. En su conjunto, las nuevas fuerzas sociales —blancas y negras— propiciaron el nacimiento de una cultura política alternativa.

Una de las fragmentaciones más importantes se registró en el terreno de las identidades. En la era del *apartheid*, con el desarrollo capitalista, el surgimiento de nuevas divisiones contribuyó a hacer más complejo el tejido social, acentuando las desigualdades y las fuentes de conflicto interno. Por otro lado, aunque el *apartheid* no era un sistema monolítico y en su desarrollo histórico había generado sus propias contradicciones, existía la tendencia a dividir a la sociedad local en dos grandes bloques sociales: los “racistas” y los “dominados”. Esto, aunado a los mitos que suponían que el color de la piel determinaba las identidades, dificultaba el análisis de las identidades políticas y reducía el marco de explicación de los conflictos entre diferentes grupos, como si fuese simplemente un problema de “negros contra negros”.

A lo largo de la historia de dominación racial en Sudáfrica, el color de la piel fue el principal criterio de división social y

⁴⁴ Stephen Zunes, 1999. “The role of non-violent action in the downfall of apartheid”, *Modern African Studies*, 37 (1), pp. 139-140.

política. En ese contexto se gestaron las dos fuerzas sociales esenciales —la mayoría negra y la minoría blanca— que constituyen la base de los dos discursos de nación. La elaboración de las identidades políticas de esas fuerzas sociales ha sido un proceso extraordinariamente complejo y contradictorio, en la que han sido determinantes la naturaleza de la dominación racial y el desarrollo capitalista y en la que también han incidido las distintas memorias colectivas del pasado histórico —a veces convertidas en mitos— y la influencia de las dos grandes organizaciones políticas, el ANC y el NP.

La crisis dio paso a múltiples y complejas identidades. A finales de la década de 1980, el liderazgo del NP empezaba a aceptar la idea de “compartir” el poder con la población negra y enfrentaba el dilema de tener que reconocer públicamente que el *apartheid* era un sistema injusto e inhumano. El crecimiento de la clase media y del sector empresarial afrikáners habían sido la génesis de una corriente nacionalista más benigna, que no consideraba a la gente negra como su enemigo “natural”. Confrontados por el ascenso del ala conservadora afrikáner y por los reclamos políticos del movimiento anti-*apartheid*, amplios sectores de la sociedad blanca empezaron a interrogarse sobre su papel en el sistema y a sentir vergüenza de su pasado reciente, mientras que en algunos sectores de la población negra se ponía en tela de juicio el mito que definía a todos los blancos como racistas. Pero este no fue un fenómeno homogéneo ni pacífico, lo que provocó con el estallido de tensiones, de conflictos y fuertes pugnas de poder.

El abandono del radicalismo y el inicio de la transición

El bloque gobernante no tuvo otro camino que aceptar la democracia multirracial. El retiro de los reclamos radicales significó, para el ANC, la renuncia de la demanda de las nacionalizaciones y de la victoria total, la aceptación de la economía de mercado y, en la fase de transición, de la fórmula para compartir el poder con la minoría blanca. En el NP representó el debilitamiento de la tesis de la fragmentación, aunque proponiendo como primer paso la fórmula para “compartir el po-

der” con los negros —con el Gobierno de Unidad Nacional— y en un segundo paso —con las elecciones de 1999— aceptando la fórmula del compromiso político, con la renuncia a la separación física y la instauración de un gobierno electo sobre la base de una persona un voto, lo que de hecho significaba reconocer un gobierno de mayoría negra.

Este cambio fue el inicio del proceso de redefinición de los dos grandes proyectos de nación. Mientras que en el ANC ha tomado fuerza el discurso de la sociedad civil, en una nación democrática, participativa, solidaria y de unidad nacional, en el NP la redefinición ha sido más difícil, debido a que la renuncia a la defensa de los privilegios de la minoría blanca sería la rendición del nacionalismo afrikáner, pero en la medida en que la élite blanca sigue controlando la economía y las finanzas, la burocracia pública y el aparato de seguridad, el nacionalismo afrikáner no está derrotado. En este aspecto uno de los problemas más importantes reside en que los argumentos radicales fueron abandonados por los liderazgos, pero entre sus bases siguen vigentes, sobre todo entre la población negra, impaciente ante la ausencia de cambios reales en sus condiciones de vida.

No se puede hacer tabla rasa de la historia: no solo la transición política sino también las expectativas de la población negra y los temores de la población blanca de perder sus privilegios y ser dominados por la mayoría negra en la sociedad post-*apartheid* están marcados por la historia de la explotación racista. La sudafricana es una sociedad fragmentada, estructurada en torno a intereses de clase, étnicos y de color de la piel. Por lo tanto, la transición no sólo involucra la realización de elecciones, ni la democracia puede estar limitada al derecho de voto, sino que la sociedad tiene que cambiar.

Es importante subrayar que el nacimiento de la sociedad civil negra en Sudáfrica estuvo motivado esencialmente por causas políticas,⁴⁵ en el terreno de la confrontación con el sistema del *apartheid*, sistema que también favoreció el surgimiento de una cultura política de violencia y de confrontación.❖

⁴⁵ Glaser, 1997.